

una *escolástica de la totalidad* que, encerrada en un pseudocientificismo pendular, ahoga las esperanzas de ascensión, prerrogativas del espíritu. Comte funda la sociología en métodos tan positivos como los empleados por las ciencias de la materia. Para él, los hombres y las estructuras sociales no sufren variaciones. El péndulo positivista se convierte en una flecha eleática, de ida y vuelta; lo que conduce a una deshumanización científica del hombre. En la *Decadencia de Occidente* las civilizaciones son organismos biológicos que nacen, crecen, maduran y mueren. Aunque Spengler coincide con Marx y Comte en todo lo que niega (el cristianismo, la existencia de Dios, la verdad de los principios espirituales), su idea central es la de un fin irremediable. Contrariamente, Henri Bergson ofrece en *Las dos fuentes* una moral rebelde sustentada en principios religiosos. Conforma su filosofía de la historia al crear una filosofía del espíritu; nos promete una vida más alta cuando sepamos que el hombre es una libertad de entendimiento venida al mundo para llegar a conocer a Dios. El mejor ensayo de este libro es *Ambigüedades del siglo xx*. El mundo que hemos creado transcurre sobre dudas y posibles caminos. La inquietud que guía al hombre contemporáneo es evidente en su protesta (Unamuno, Ortega, Camus, Moulhier) y en sus predicciones de mundos probables y, tal vez, inminentes (Huxley, Orwell, Capeck). Concluye Ramón Xirau con unas páginas acerca de la verdad (forma de conocimiento y forma del ser; ambas una misma esencia: medio y fin). Cierra sus reflexiones afirmando que la historia es un constante progreso al encuentro del espíritu, un movimiento espiral hacia el gozo, la esperanza y la fe, sin excluir la melancolía, la desesperanza y la duda. Se aprueben o discutan las ideas de Xirau, no se podrá negar que su libro es fruto de una honesta inteligencia, expresada en un estilo diáfano y seguro.

J. E. P.

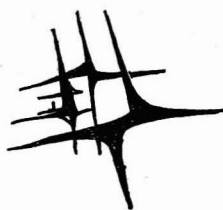


MARGARET JUST BUCHER, *El negro en la cultura norteamericana*. Editorial Letras, S. A. México, 1959, 310 pp.

SON LOS MANUSCRITOS que heredó de Alain Locke, M. J. Bucher organiza este ensayo histórico que denuncia el sitio del negro en la sociedad de su país y reseña sus contribuciones a la música, el baile, el folklore, la poesía, el teatro y la novela que se elaboran en Norteamérica. El libro es necesario para quienes justifican la intolerancia, o creen al negro atareado en los oficios ínfimos, apto únicamente para el ocio, el jazz, el beisbol y el boxeo. Una lista de norteamericanos distinguidos no podría excluir a muchos negros que en el arte, la investigación científica, los espectáculos o la industria han contribuido al desarrollo nacional. Los escritores, por su parte, han comprendido a los hombres de esta raza (creadores, ellos mismos, de una excelente literatura). A las novelas de Faulkner, Wolfe, Caldwell y Wright, podría sumarse lo que Sartre ha dicho acerca de

esta gran familia humana. La lectura del libro hace incomprensible la actitud paleolítica asumida por los Estados del Sur (con el oprobioso Ku-Klux-Klan y su arquetipo: Orval Faubus) que olvidando la guerra de Secesión y las ideas de Lincoln, emprenden contra el negro una persecución sistemática (física y moral) a base de linchamientos e incesantes actos de violencia; actitud más cerca de la paranoia que de la crueldad deliberada. El interés prevalece en cada página. Locke y Bucher hacen sentir, amar, compadecer al negro. Pero su trabajo yace bajo una traducción que repudia las reglas más elementales de ese oficio.

J. E. P.



JAIME TORRES BODET, *Balzac*. Breviario, 149. Fondo de Cultura Económica. México, 1959, 235 pp.

LA PRIMERA PARTE —la biografía— es la más breve; pero está realizada con suficiente impulso lírico para hacernos comprender la grandeza de Balzac, el hombre. Destaca los principales rasgos psicológicos del biografiado, sin caer en el psicologismo. Con un estilo preciso, por un lado, y con una sólida documentación, por el otro, Torres Bodet logra su propósito: trazar un retrato del novelista francés. Prescinde de los detalles que más que aclarar oscurecerían, pero no le falta nada esencial.

Vida y obra de Balzac están en estrecha correlación. La primera ilumina a la segunda. Las pasiones que movieron al escritor son las mismas que después animaron a sus personajes. De la vida íntima de Balzac pasamos al examen de sus criaturas, tan numerosas que compiten con el registro civil. Pero la amplitud de la empresa no obstaculiza el éxito de este ensayo. Recoge y analiza las principales características de sus novelas, a partir de la premisa siguiente: el término "realista" es bastante estrecho para definirlos, pues el talento de su creador era demasiado grande para avenirse a marbetes. Balzac además de observador de la realidad era un visionario. Empleaba métodos científicos pero con sensibilidad de artista. Y a pesar de sus excesos estilísticos, la importancia de su obra es indiscutible.

C. V.

*Las artes populares en el Estado de México*. Instituto Nacional Indigenista. México, 1959, 11 pp. + 1 mapa.

UN BIEN presentado folleto que llena su cometido: dar a conocer los problemas de los artesanos indígenas. Las bellas formas de los productos típicos que admiran los turistas, para los artesanos significan, además de una expresión artística, una ayuda para resolver sus difíciles problemas económicos; pero una política económica adversa obstaculiza a las artes populares, y su calidad degenera a causa de una falsa prosperidad que aprovecha más bien a los comerciantes urbanos.

El mapa adjunto localiza los centros de producción, y especifica las diversas clases de objetos que se fabrican en cada uno.

En este como en otros problemas que afectan a los indígenas, la ignorancia del público hacia ellos dificulta en gran parte su resolución. Darlos a conocer en forma clara y objetiva es una labor plausible.

C. V.

CHILDE, V. GORDON, *Reconstruyendo el pasado*. Problemas científicos y filosóficos, 12. UNAM. México, 1958.

BUENA LA TRADUCCIÓN de M<sup>a</sup> Teresa Rabiela de Rojas. El neófito de la arqueología (que no sólo es el arte de "hallarse" huesos y tepalcates para venderlos —como creemos aquí—) podrá, al gozar de este libro, enterarse de la connotación científica-humanista que enaltece la profesión de identificar, recuperar, registrar y conservar los hechos históricos no escritos ni referidos ni "adivinales". (Dice Childe: "Si [algunos de nuestros historiadores] pudieran ser persuadidos de adoptar las técnicas y categorías elaboradas para la prehistoria, muchos problemas de la historia serían resueltos".)

Childe concibe al arqueólogo-historiador que haga posible recapturar, en los "fósiles del comportamiento humano", los pensamientos que expresan los hechos de costumbre y de conducta de las sociedades desaparecidas. Ésa la razón de ser de ansiosas recolecciones, mediciones, clasificaciones, etc., "de pedacitos de objetos viejos o de agujeros en la tierra". Es decir: arqueología como indicadora de la mentalidad de quienes no dejaron más historia que leves huellas de propósitos y necesidades comunes. De ningún modo arqueología como *objet d'art* ("el arqueólogo no debe competir con los críticos de arte") y sí como historia de patrones de comportamiento típicos, desfronación de "algo" de las sociedades extinguidas ("así como la carne, la sangre y los tendones no se fosilizan, una gran parte del comportamiento humano se pierde irreparablemente para el registro arqueológico"), descubrimiento de las contribuciones a la tradición cultural mancomunada que heredamos. Arqueología, pues, como "híbrida frontera" entre ciencias y humanidades...

Después de hablarnos de la historia de la arqueología —su cuándo, su cómo, su quién— termina especulando sobre el *para qué sirve*: destilar el panorama histórico "diez mil veces más amplio que el que se refleja en los registros escritos y al mismo tiempo desprovisto de 'accidentes' ajenos y desfiguraciones temporales". No mera reflexión de datos sino su reconstrucción; no más evolución spenceriana —unidireccional— de culturas paralelas; no más dogmas difusionistas —evolución de sociedad por etapas consecutivas enfocadas sincrónicamente—; sino más bien: enfoque diacrónico —divergencias, si bien, a las veces, convergentes. "Como historiador, al arqueólogo se le pide que dé vida a los pensamientos e ideas del actor prehistórico... [si tomamos en cuenta que] la función de la razón no es la contemplación sino la acción." Dice Childe; pero, ¿qué dirá el filósofo de la historia, o qué diría el de la prehistoria si pudiera darse? Termina: "Sus 'motivos' tanto como sus emociones [los del hombre prehistórico] se han perdido para siempre, [y añade algo que nos duele:] precisamente porque fueron ilusiones. ¿Acaso importa?"

H.B.